

Queda plenamente confirmada esta relacion por los mismos Protestantes. En aquella misma época sembraba el P. Mac-Elroy la semilla católica en Fredericktown y en todo el litoral de aquel distrito: simple hermano coadjutor, hizo á menudo conocer á Grassi la extension de su inteligencia. Grassi, que lo queria en extremo, desarrolló en él sus brillantes cualidades, y el humilde coadjutor llegó al grado de profeso. Reunia todas las circunstancias necesarias para arrastrar las masas y producir felices resultados: llegó su elocuencia á ser popular, y la consagró á la gloria de Dios y al triunfo de la educacion. Fundó diferentes colegios, iglesias y escuelas para los huérfanos; fecundizó la caridad cristiana en medio de aquellas poblaciones del Maryland á las que habia hecho egoistas la industria; llegando á ser tan maravillosa su influencia, que en 1829 exclamaba Mr. Schœffer, escritor calvinista en su periódico: «¡ Cosa extraña! la Francia católica arroja de su reino á los Jesuitas y les «prohíbe la educacion de la juventud, mientras que los protestantes de Frederick contribuyen con cincuenta dollares cada uno á la «construccion en aquella ciudad de un colegio para los Jesuitas.»

Tal era la situacion que los discípulos de Loyola se creaban en los Estados-Unidos, cuando Mac-Elroy halló ocasion de pagar con un importante servicio la gratitud de sus hermanos del Instituto. Ocupábanse en el mes de junio de 1834 cinco ó seis mil irlandeses en nivelar la línea férrea de Baltimore á Washington; los cuales se separaron en dos campos y empezó entre ellos desde luego una terrible lucha; retirados en el fondo de los bosques resistieron á la fuerza armada que habia emprendido su persecucion, obligándola á retroceder. Semejante estado de cosas alarmaba las poblaciones vecinas, las cuales se veian á cada paso expuestas al pillaje ó al incendio: las súplicas, las órdenes y las amenazas que se emplearon para hacer desistir á los insurgentes fueron enteramente inútiles. Informado Mac-Elroy de cuanto pasaba, se dirigió desde luego hácia el país que era teatro de aquellas sangrientas escenas, y penetró solo en el bosque do se guarecian los amotinados: su sola presencia suspendió las hostilidades, hizo comparecer á su presencia á los dos partidos, les obligó á firmar la paz, despidió las tropas, y volvió á conducir de nuevo á sus faenas á aquellos hombres á quienes poco antes hacia su cólera tan temibles. Muchas eran las veces que por importantes servicios se veia el jesuita obligado á trasladarse de una provincia á otra; como no pudiese el Gobierno hacerle aceptar por

ello ninguna recompensa, determinó ceder á Mac-Elroy por toda su vida un asiento en todos los coches públicos.

Lo que haria Mac-Elroy en Fredericktown, lo verificaban tambien otros jesuitas en diferentes puntos del Maryland y de la Pennsylvania. Los PP. Fenwick, Kenney, Larkin, Havermans, Muledy, Verhaegen, Kohlmann, Vieng, Leken, Dougharty, Evremont, Ryder, Dubuisson, Vespre, Barbelin, Petit y Eduardo de Maccarthy fueron en su mayor parte designados por los Obispos, como sus coadjutores ó hermanos en el episcopado; pero renunciaron con humildad aquella gloriosa muestra de aprecio y confianza. Vivian en medio de un acrecentamiento y prosperidad inauditas con el sudor de su rostro en el Nuevo Mundo; asistian á aquel movimiento industrial cuya progresion tenia algo de admirable y hasta asombroso, pero nunca tomaron en él parte, puesto que solo habian atravesado los mares y abandonado á su patria para abrazar una existencia sembrada de cotidianos peligros y de ignorados sufrimientos. Hállanse en presencia de un pueblo que regenerado por la independenciam y apenas continuado en el mapa, aspira, sin embargo, á procurarse todos los goces del lujo reservados únicamente á las naciones que tocan á su decadencia, y sienten la necesidad de distraerse de la gloria por medio de los falaces halagos del placer. Creyeron los Jesuitas que debian procurar á aquel pueblo deslumbrado por su fortuna un alimento mas sustancioso que las riquezas del comercio y las maravillas de la industria; así es que sin excepcion de secta ni partido, llamaron los Padres al conocimiento de la verdad y no fueron por cierto estériles sus esfuerzos. En los Estados-Unidos mas que en otra parte alguna hay seres desengañados del error, inteligencias elevadas que cansándose de fluctuar en la incertidumbre piden á la Unidad calme sus dudas y desvanezca su muda desesperacion; á fin, pues, de procurar á esas almas todos los consuelos que les son necesarios, solícitos de todas partes acuden los Jesuitas á ofrecérselos. En cada gran centro de poblacion, en las puertas de todas las ciudades opulentas, han logrado con el apoyo de los Obispos levantar una tienda donde reciben á la juventud, donde acogen al hombre en todas las edades, y donde recibe cada cual los consejos que su posicion reclama: inmensa es la afluencia de gente que de todos puntos acude.

El trabajo aumenta con los años, la confianza se establece y el número de los jesuitas aumenta á proporcion: era este tan redu-



cido que solo llegaba á trece en 1803; en 1839 se contaban ya ciento y diez, y en 1844 la sola provincia de Maryland tenia ciento y treinta y la del Misuri ciento cuarenta y ocho. No ocultan los Jesuitas sus tendencias ni su objeto; son católicos, y aspiran á hacer progresar el Catolicismo, sin que se alarme en lo mas mínimo el Gobierno de la Union por el movimiento que imprime aquel progreso. Á excepcion de algunos sectarios, á quienes obliga su oscuridad á mostrarse intolerantes, siguen tambien los jefes del Protestantismo la misma marcha de los jefes del Estado. Mas de una vez se ha visto al presidente John Tyler asistir en Georgetown á la distribucion de premios, y todos los dias se ve en la iglesia de los Jesuitas á los ciudadanos mas ilustres de América alentando con su presencia los esfuerzos de los Padres para infiltrar en todos los corazones los principios de la moral evangélica.

Mientras que los jesuitas del Maryland obligaban á la herejía á dar justos aplausos á su apostolado; otros hijos de san Ignacio, diseminados por el Misuri, arrostraban nuevos é inminentes peligros. Planteaba en 1823 Van Quickenborn á la parte Norte del rio su pequeña colonia de misioneros, donde eran ya conocidos por haber revelado antiguamente á las tribus errantes la felicidad de la familia. «Hámbamos enseñado á estos pueblos dóciles, dice el P. Teobaldo en una carta fechada en Santa María de Kentucky á 15 de octubre de 1843, á cultivar las tierras y á criar gallinas y ovejas. Hilaban sus mujeres la lana de los bisontes con tanta perfeccion, que quedaba fina y sedosa como la de los carneros de Inglaterra: luego fabricaban con ella ricas telas que teñian de amarillo, de negro ó encarnado oscuro, y haciéndose de ellas vestidos que cosian con los nervios del corso.»

Á instancias del Presidente de los Estados-Unidos, reclamó el Obispo de Nueva-Orleans algunos Padres, quienes acudieron prontamente para dar comienzo á la obra que tanto debia contribuir á la gloria de la Compañía. Rosati, primer obispo de san Luis, fue el que le sostuvo en su ardua empresa: Van Kickenborn, á quien el P. Teodoro Theux habia presentado algunos Padres, temia lanzarse á infructuosas excursiones; por lo que trató de civilizar á los indios por medio de la educacion, fundando una escuela que no dió desde un principio todos los resultados que eran de esperar, atendido lo poco que se aprovecharon los niños de los cuidados que se les prodigaban. Era el trabajo aceptado por ellos como una accion denigrante; cuan-

do se trató de iniciárseles en las artes mecánicas y en la agricultura, empezaron á llorar y huir, como si la humillacion hubiese traspasado en ellos los límites previstos por los Padres. Sin embargo los Jesuitas no desesperaron ni de la Providencia, ni de su propio valor; los blancos, que contemplaban con envidia el trabajo que se tomaban los misioneros para emancipar las tribus, se quejaban de verse abandonados y reclamaban un colegio. Abrazó su causa el Obispo de San Luis, y empezaron las clases en 2 de noviembre de 1829, rivalizando los Protestantes en celo con los Católicos para levantar el monumento, por desear que sus hijos fuesen educados bajo la misma regla. Tres años despues de su fundacion recibia el colegio de San Luis del Gobierno central el título y todos los privilegios de universidad: tambien disfrutó mas tarde el de San Carlos, situado en el Gran Ribazo, de los mismos privilegios.

Domnaron paulatinamente los Jesuitas aquella necesidad de independencia que se despertó en la juventud con un vigor que infundia espanto: la idea religiosa penetraba hasta el fondo de aquellas naturalezas violentas y bondadosas á la vez, operando en ellas una sumision milagrosa. La Europa católica en Roma, Viena y París se habia interesado vivamente en aquel movimiento civilizador que á su vez secundó tambien el Anglicanismo. Guillermo IV, rey de la Gran Bretaña, confió á los Jesuitas de San Luis la direccion de los archivos británicos; así como les ofreció igualmente las de América el Presidente de los Estados-Unidos. Popularizaron los Jesuitas el gusto al estudio y el amor á los deberes piadosos, siendo su cátedra una especie de lazo que unió los ánimos mas opuestos á un principio comun. Así como en el Maryland y la Virginia, supieron atraerse las inteligencias con el irresistible encanto de su palabra y la poderosa fuerza de su lógica; como vivian en paz con los Protestantes, cuya estimacion supieron granjearse, tuvieron de vez en cuando el gusto de ver á los ministros del Anglicanismo seguir el impulso dado por Pedro Connelly.

Era Pedro Connelly pastor del culto reformado en la ciudad de los Natchez, cuando llegó á sus oidos el público elogio que se hacia de la caridad y ciencia de los Padres, elogio que le inspiró la idea de conferenciar con ellos sobre algunos puntos de fe. Llegó, quedó convencido, y proclamó el dogma católico: de regreso á Natchez, vendió sus propiedades, renunció á su parroquia, y abjuró el Protestantismo con toda su familia. Atravesó con ella los mares no paran-

do hasta el centro de la cristiandad, donde bajo la direccion de los Jesuitas de Roma se consagró el Ministro anglicano al sacerdocio.

Las excursiones de los Jesuitas entre los salvajes no atenuaban en lo mas mínimo los cuidados de la enseñanza y del santo ministerio, como lo demuestra el haber reunido en congregacion á las tribus mejor dispuestas, y el haber construido una iglesia en el país de los Sioux y otras residencias en San Carlos, Watkinsonville, Clarke, New-London, Luisiana, Jefferson y Columbia. En 1836 el cacique Blackhawk y su hijo Keskuck que hacia tanto tiempo que estaban en guerra con la república del Misuri, se presentaron en San Luis pidiendo *ropas negras*, ó sean hijos de san Ignacio, de los que hacian los ancianos de la tribu el mas brillante elogio. Accedióse á su peticion, y los PP. Van Quickenborn y Hoocker se pusieron en camino con ellos, llegando en 1.º de junio al país de los Kiekapoas.

No cesaba, en su interés, el Gobierno central de repetir á aquellas poblaciones que era indispensable al hombre un culto cualquiera. Así es que les procuraron pastores anglicanos; pero los indios, que no les veian llegar con el rosario y el Crucifijo en la mano, empezaron á dudar de aquella religion que, decian, no era la de los franceses. Tenian grabados en su corazon otros tiernos recuerdos que se despertaron tan pronto como llegó á sus oidos el nombre de los Jesuitas: necesitaban el cuidado de los Padres, y solícitos acudieron estos á su llamamiento internándose hasta el fondo de los bosques. La sola vista de los *ropas negras* fue como una nueva era de salvacion anunciada á los salvajes del Ohio y del lago Erié: los Piankaskas y los Weas, descendientes de los Miamis, se reunieron para celebrar su llegada. Los Metodistas habian seducido un gran número de aquellos pobres indios: habiéndose visto abandonados repentinamente por los misioneros, sin poderse explicar la causa de aquella desercion que les exigia el breve de Clemente XIV, abjuraron en su desesperacion la fe católica. Proponíanse, no obstante, abrazarla de nuevo tan pronto como se les concediese un jesuita para poder dirigirles: Van Quickenborn, que conocia las benévolas disposiciones del Congreso, afirmó á las tribus que eran libres de adoptar el culto que mejor conviniera á sus sentimientos, prometiéndoles al propio tiempo un Padre del Instituto.

Pocos meses despues, ó sea en 16 de agosto de 1837, sucumbió Van Quickenborn al peso de las fatigas sacerdotales: fundador de la provincia del Misuri, se sentia revivir en los sucesores de su ardiente

celo, en los novicios formados con su ejemplo que iban á seguir fielmente las huellas de su caridad. El P. Fernando Helias convirtió los distritos de Colebroock, Gasconade y Osages en centro de civilizacion é industria para los emigrados de Europa y los naturales del país: á fin de obligarles á vivir en sociedad, edificó algunas iglesias, que puede decirse sirvieron de base á la ciudad de Nueva-Westfalia. Como no habia en el país sino pobres colonos y salvajes mas pobres todavía, se dirigió Helias á la Sociedad Leopoldina de Viena y á la de Lyon; pero siendo insuficientes los socorros que estos le procuraron, vióse obligado el Jesuita á implorar el auxilio de sus amigos y parientes de Bélgica; interesando de este modo la Europa en los progresos de su mision naciente. Solo contaba el Jesuita en sus tribus el año 1838 seiscientos veinte cristianos, cuando cinco años mas tarde dirigía ya dos mil setecientos por la hermosa senda de la civilizacion. Penetró tambien á su vez el P. Hoocker en el país de los Potowatomios, los cuales vivian en miserables tiendas careciendo hasta de vestidos para cubrir su desnudez, y siendo presa de una enfermedad contagiosa que les diezaba cruelmente. Entregóse Hoocker á todas aquellas miserias para alentar los ánimos decaidos, sin que le arredrara el intenso frio que no le permitia disfrutar de un momento de reposo cuantas veces intentaba descansar en el duro suelo sus entumecidos miembros. Hizo edificar una iglesia á fin de enseñar á aquellos desgraciados que tenian un padre en el cielo, y un jesuita en la tierra para velar por su felicidad: terminada la iglesia persuadió Hoocker á los indios que debian ofrecer á sus familias un abrigo contra la intemperie de las estaciones; y, adoptado este consejo, de médico se convirtió el Jesuita en arquitecto. De este modo secundaba la causa de la emancipacion cristiana y servia al propio tiempo los intereses de la Union. El Gobierno americano debia y deseaba favorecer aquella empresa que con el tiempo habia de elevar las tribus mas salvajes al rango de ilustrados ciudadanos: para preparar aquel movimiento no ignoraba que eran los Jesuitas el único Instituto que podia legar cada año tantos mártires á la civilizacion. Por esto debió asociarse á sus esfuerzos, edificar iglesias, fundar colegios para las damas del Sagrado Corazon, señalar rentas á los establecimientos de instruccion pública y velar por la conservacion de los misioneros. Los Jesuitas y los Protestantes participaron de un mismo pensamiento humanitario; consagraban los primeros su vida al principio cristiano, mientras que

los otros ofrecian algunos recursos y la proteccion de la ley para que los hijos de Loyola convirtieran mas tarde en hombres á aquellos salvajes.

Hallábanse los Jesuitas cada vez mas dispuestos á proseguir su gloriosa tarea á causa de su creciente número, y de alentarles en ella los presidentes de la Union, Jefferson, Adams, Jackson, Van Buren y Tyler. Por fin creyeron los Padres llegado el momento de atender á las súplicas de los indígenas que imploraban la asistencia de los *ropas negras* como un beneficio; de los *ropas negras* que empezaron desde luego á enarbolar el glorioso pendon de la cruz hasta en las mas apartadas sabanas. Los Cabezas Chatas del Oregon, que habian oido hablar de la Religion del grande Espíritu, que en otro tiempo habia sido predicada á sus abuelos por los misioneros europeos, enviaron dos diputaciones á San Luis encargadas de solicitar el mismo beneficio. Perecieron aquellas diputaciones durante el camino por haber sido sepultadas en las nieves ó devoradas por los canibales; una tercera comision, empero, mas feliz que las anteriores, logró penetrar en el Misuri, y desempeñar la mision que le estaba confiada. Decidióse en su vista el P. Smet á llenar un deseo tan perseverante, y á este fin emprendió su marcha en 27 de marzo de 1840; atravesó el vasto desierto americano y las altas montañas Rocosas que sirven de límites al mundo atlántico, y desafió los peligros de toda clase que debian asaltarle hasta llegar al rio Verde, do encontró á los Cabezas Chatas y á los Ponderas que habian acudido para acompañarle.

Hállase en el centro de la tribu, do no tardaron en correr de todos los ojos lágrimas de gozo y de esperanza, siendo saludado por el mas anciano con las siguientes palabras: «Ropa negra, sed bien venido en mi nacion: hoy es el dia que se ha dignado el grande Espíritu acceder á mis ardientes votos. Rebose en nuestros pechos la dicha por hallarse cumplido el mas vehemente de nuestros deseos. Ropa negra, sabrémos seguir fielmente los preceptos que nos impondrá tu bóca.» Era aquel un juramento que los salvajes supieron cumplir. Conformóse en un todo el P. Smet á sus costumbres, haciéndose una arma de su docilidad para conducirles al Cristianismo y elevar su inteligencia: para no perderlos de vista se hizo cazador como ellos; trepó por las montañas y navegó por los lagos; ningun sacrificio le fue costoso al ver los abundantes frutos que podian producir aquellas hordas indias, de las que se separó en 27 de

agosto. «Mucho tiempo antes de salir el sol, escribia Smet en 4 de febrero de 1841, toda la nacion se hallaba reunida al rededor de mi cabaña, sin que nadie pudiera proferir una palabra; tal era el dolor que embargaba todos los corazones. Lo único que pudo consolar á mis pobres indios fue la formal promesa de mi regreso en la próxima primavera, y de llevarles algunos misioneros mas. Hice mis oraciones de la mañana en medio del llanto y los suspiros de aquellos buenos salvajes que acabaron por hacer correr tambien mis lágrimas que habria querido ocultarles en aquel momento supremo. Híceles ver la necesidad de mi viaje, excitéles á que continuaran sirviendo al grande Espíritu y á alejar de sí todo motivo de escándalo, recordándoles al propio tiempo las principales verdades de nuestra santa Religion. Nombréles en seguida por jefe espiritual á un indio muy inteligente que habia tenido cuidado de instruir yo mismo del modo mas particular; el cual debia representarme en mi ausencia, reunir á los demás cada mañana y noche, así como todos los domingos, recitarles las oraciones, exhortarles á la virtud, asistir á los moribundos y bautizar los niños en caso de que fuese necesario. No se oyó entre los salvajes mas que una sola voz, un asentimiento unánime, una promesa de observar fielmente cuanto les encargaba: todos me desearon con las lágrimas en los ojos un feliz viaje. En el momento mismo de partir se levantó el jefe de la tribu diciéndome: «Ropa negra, que el grande Espíritu os acompañe en vuestro largo y peligroso viaje; á este fin le dirigiremos nuestros votos mañana y tarde, y esperamos os hará llegar sano y salvo entre vuestros hermanos de san Luis. Continuarémos por vos nuestras oraciones hasta que regreséis entre vuestros hijos de las montañas; cuando las nieves desaparezcan de los valles, cuando despues del invierno renacerá el verdor en la naturaleza, nuestros corazones tan tristes ahora empezarán tambien á regocijarse con ello: á medida que vaya creciendo el frondoso césped, crecerá tambien nuestra alegría, y cuando las plantas florecerán, nos pondrémos en camino para salirnos al encuentro. ¡Adios!»

«Lleno de confianza en el Señor que me habia preservado hasta entonces, partí con mi pequeña escolta y mi fiel flamenco que quiso compartir de nuevo mis peligros y trabajos. Continuamos subiendo por la Gallatina hasta desembocar en el Misuri, atravesando luego un estrecho desfiladero de treinta millas de extension para trasla-

«darnos al rio de la Roca Amarilla, que es el segundo de los grandes tributarios del Misuri. Muchas fueron las precauciones que debimos entonces tomar por ser numerosos los peligros que corriamos á causa de nuestro escaso número y de las extensas llanuras, entre cortadas por profundas gargantas que debíamos atravesar, y en las que á cada paso nos exponíamos á encontrar enemigos emboscados. Á este fin enviábamos continuas descubiertas por todas direcciones para reconocer el terreno, las cuales no dejaban una huella fuese de hombre ó de fiera, sin ser atentamente examinada. Aquí es sobre todo donde no puede uno prescindir de admirar la sagacidad del salvaje; solo con ver las huellas dirá á punto fijo el dia en que pasó el indio por aquel sitio, calculará el número de hombres y caballos, conocerá si era una partida de guerra ó de caza, y hasta con la marca ó huella de los zapatos conocerá la nacion ó pueblo que pisó aquel terreno. Todas las noches elegíamos un lugar á propósito para sentar nuestro campo, á cuyo alrededor construíamos un pequeño fuerte ó estacada con los secos troncos de los árboles, á fin de procurarnos un abrigo contra cualquier repentino ataque. Esta region es la guarida de los osos grises, cuyo animal es el mas terrible de estos desiertos; á cada paso hallábamos sus espantosas huellas.»

Despues de cuatro meses de viaje para verificar su regreso, llegó finalmente el Jesuita en 22 de diciembre al punto de su partida, teniendo el placer de comunicar á sus hermanos satisfactorias noticias. Mil peligros que ni aun la avidez de los negociantes de pieles se atreve á desafiar, vienen á presentarse al Jesuita que los sabe arrostrar impulsado por su ardoroso celo: ofrece Pedro Smet hacer germinar una cosecha cristiana, y desde el instante mismo se presenta una multitud de operarios evangélicos para llevar á cabo su resolucion. Empeñó otra vez su marcha en 31 de abril de 1841, al través de aquellas regiones inexploradas, en compañía de los Padres Point y Mengarini. Era Nicolás Point hijo de la Vendée, «tan celoso y esforzado por la salvacion de las almas, escribe Smet desde las orillas de la Plata¹, como lo fue en otro tiempo su compatriota La Rochejaquelein por la causa de su Rey.» Era Mengarini italiano, y su aptitud por la música y la medicina, unida á su ardor apostólico, le valieron el ser nombrado por sus superiores para

¹ Carta del P. Smet á Mr. Carlos Smet, presidente del tribunal de Termonde, y á Mr. Francisco Smet, juez de paz en Gante.

aquella importante mision. Acompañábanles igualmente tres coadjutores que debian ser al mismo tiempo los misioneros de aquellas tribus y los que debian enseñarles la agricultura y la industria. El suelo, que era en extremo fértil, les permitió ponerse desde luego á trabajar para hacerlo producir: habian hallado un pequeño Paraguay, por lo que resolvieron establecerse en él algunas reducciones, la primera de las cuales tomó el nombre de Santa María. Todo fue organizado desde entonces con una inteligencia enteramente maternal; se señalaron á aquellos indios leyes equitativas y una prudente regla de conducta, con lo que se logró insensiblemente separarles de sus supersticiosos manitús, y predisponerles al bautismo y á la libertad. Luego salieron de entre los Cabezas Chatas algunos guias y catequistas, con los cuales se internó el P. Point en el país de los Kalispels ú Orejas Pendientes; mientras que el P. Smet evangelizó los Narices Horadados, hasta que llegó el invierno con sus nieves causando una miseria general y muchas enfermedades. No contuvo, sin embargo, aquel intenso frio ni á los Jesuitas en sus excursiones, ni á los Cabezas Chatas en sus nuevos deberes; puesto que juntos oraban, paseaban y cazaban, segun leemos en el siguiente diario de invierno de Nicolás Point: «Hoy domingo 6 de febrero, hace un gran viento, tiene el cielo un color plumizo, el frio es mas que glacial, carecemos de yerba para los caballos, y los búfalos han sido puestos en fuga por los Narices Horadados. Hoy 7 es el frio aun mas intenso, la aridez mas triste, la nieve mas incómoda; ayer el dia fue santificado, hoy la resignacion es perfecta: ¡confianza! Hácia el mediodía llegamos á la cima de una alta montaña, desde la cual se ofrece á nuestra vista un aspecto enteramente diverso; ¡qué notable cambio! brillaba el sol, habia perdido el frio una gran parte de su intensidad, se desplegaba á nuestra vista una inmensa llanura en cuyas yerbas frondosas pacía una nube de búfalos; detiénese á tan bello aspecto nuestro campo, reúnen los cazadores, parten, y antes de terminar el sol su carrera habian caído ya en su poder ciento cincuenta y tres búfalos. Es preciso convenir en que si no fue miraculosa esta caza, se pareció mucho á la pesca que en efecto lo fue. En nombre del Señor echó Pedro su red cogiendo ciento cincuenta y tres grandes peces: en nombre del Señor y teniendo confianza en él mató el campo de los Cabezas Chatas ciento cincuenta y tres búfalos. ¡Qué hermosa pesca! pero también ¡qué hermosa caza!»